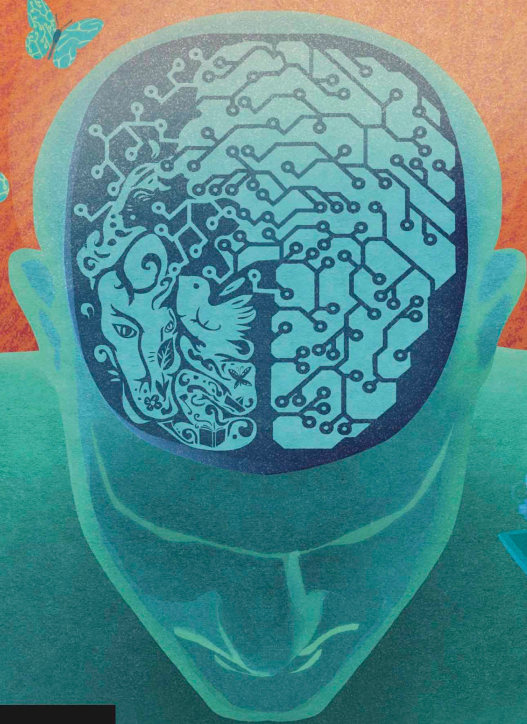


LA CONQUISTA DE LA TECNOLOGÍA

Elik G. Troconis



THYRSO
Editorial



Colección Bibliofilia

Derechos reservados:

© 2018, Elik Germán Troconis Martínez

© 2018, Thyrso Editorial

Dirección editorial: José Nava

Dirección de arte: Daniel Moreno

Edición: Norma Angélica Juárez Retana

Ilustraciones: Jorge Mendoza

ISBN:

Año: 2018

Primera edición

*A mi papá, Germán Troconis Trens, ejemplo de vivo goce,
a la vez que de frío cálculo, de esta obra narrativa a la que sus
personajes humildemente llamamos “vida”.*



ÍNDICE

Prólogo	11
Capítulo 1	19
Capítulo 2	25
Capítulo 3	31
Capítulo 4	37
Capítulo 5	43
Capítulo 6	49
Capítulo 7	53
Capítulo 8	59
Capítulo 9	67
Capítulo 10	71
Capítulo 11	77
Capítulo 12	81
Capítulo 13	87
Capítulo 14	91
Capítulo 15	95
Capítulo 16	101
Capítulo 17	105
Epílogo	109



Los mares se dividen y el cielo se abre

El doctor Ronald Chardel se quitó los lentes cuidadosamente tan pronto como pronunció la última palabra de su conferencia. Con serenidad, los colocó sobre la mesa antes de volcar su vista sobre el auditorio que aplaudía con energía de pie frente a él. Las manos se golpeaban incesantemente unas contra otras; parecía que los aplausos se prolongarían por la eternidad. Chardel tan sólo sonreía y asentía; no había mucho que hacer ante las ovaciones de un público como ése. Entre los asistentes contempló el rostro inocentemente emocionado de numerosos alumnos, las miradas de asombro genuino por parte de viejos colegas y los gestos de la más sincera envidia de algunos académicos fracasados.

Ronald Chardel era una autoridad en el medio académico. El historiador había dedicado su vida entera al estudio de la Historia de tres temas: el libro, la lectura y la literatura. Cualquiera que osara hablar sobre aquello debía remitirse al especialista francés; nadie se atrevía a escribir una sola palabra sin antes citarlo. Durante lustros enteros, el doctor Chardel había dictado cientos de conferencias en las aulas magnas y auditorios más importantes de los cinco continentes. Gracias a las generosas invitaciones que recibía, conocía universidades, institutos de investigación, centros culturales y todo tipo de academias; todo recinto del saber que se preciara de sí mismo había tenido el gusto, el placer, el honor, el privilegio de recibir al doctor Chardel al menos en una ocasión.

A pesar del descomunal número de eventos a los que asistía, jamás repetía una ponencia. Vez tras vez presentaba los más recientes hallazgos de sus investigaciones, sorprendiendo a su público no sólo con una erudición creciente a través de las décadas, sino también con una sorprendente

capacidad para resolver nuevos misterios de la Historia y, además de todo, con una increíble habilidad de interactuar con sus espectadores.

Los aplausos continuaban. El hombre inspeccionó con detenimiento a los integrantes de la audiencia; lo había hecho antes del inicio de su ponencia y ahora insistía. La diferencia entre esos dos momentos radicaba en que ahora buscaba a alguien en particular. Finalmente la encontró. “Señorita”, murmuró con un tono caballeroso apenas moviendo los labios. En una de las filas intermedias, una mujer joven y encantadora unía sus manos para felicitar al académico, mas no lo hacía desenfrenadamente como el resto del público: sus palmas se desplazaban con sutileza y tranquilidad; su mirada, por su parte, ocultaba algo extraño.

Una hora atrás, el académico había tenido tiempo suficiente para analizar minuciosamente a su auditorio. Como era costumbre, antes de sus primeras palabras había sido presentado ante el público. El rector de la universidad en persona había recitado su semblanza biográfica. Chardel detestaba esa parte de los eventos, especialmente porque su currículum era casi tan extenso como una ponencia individual; por ese motivo, adondequiera que era invitado solía enviar una semblanza de escasas siete líneas que tan sólo brindaban sus datos más generales. No obstante, en esta ocasión el rector había decidido redactar él mismo una reseña sobre Chardel y sus contribuciones a la Academia sin escatimar palabras, pues quería hacer notar el mérito que representaba haber conseguido la participación de un personaje de la envergadura del doctor Ronald Chardel.

Durante aquellos largos minutos, Chardel había identificado estudiantes, profesores, investigadores y público general entre los asientos de la sala. Mentes ávidas de conocimiento, deseosas de escuchar las últimas revelaciones del historiador antes que el mundo entero. De ellas, una persona —sólo una entre la multitud— reclamó la atención del doctor. Usaba un vestido que dejaba hombros y rodillas al descubierto; mas no eran sus piernas las que impresionaban a Chardel, sino sus ojos; no sus pupilas, sino la mirada en sí. La señorita no veía al hombre y, sin embargo, lo observaba.

Chardel se había distraído de sus reflexiones iniciales al pensar en ella. Cuando el rector le cedió la palabra, se vio obligado a concentrarse de nuevo, al menos hasta el final de la ponencia. Ahora que había terminado, regresaba su atención a ella para percatarse de un detalle: tenía la mirada

fija en un punto. Al estudiarla con cautela, Chardel advirtió que sus ojos se movían de forma regular, describiendo pequeños círculos. Fue entonces que supo que la vista de la mujer seguía la pluma Parker que él jugaba entre sus dedos. Al historiador le inquietaba la mirada acechante y, más aún, el nombre de su propietaria.

Aprovechando el tiempo transcurrido durante las oleadas de aplausos, Chardel contempló el vestido que usaba su presa. Era negro con flores rojas; le sentaba de maravilla, tan bien como los tacones que calzaba. Piernas lindas, cabello arreglado; sólo faltaba un elemento por evaluar: su voz.

Paulatinamente, los asistentes tomaron asiento dispuestos a formular todo tipo de preguntas. Algunos las habían escrito días antes; otros deseaban una explicación más detallada de algo explicado instantes atrás. Las inquietudes eran múltiples. El rector de la universidad tomó el micrófono nuevamente y agradeció al doctor Chardel la maravillosa conferencia antes de ceder la palabra a una de las personas que levantaba el brazo desesperadamente. El académico no había despegado la mirada de la mujer anónima, tal como ella continuaba observando las oscilaciones de la Parker.

Mientras escuchaba las primeras palabras de agradecimiento de quien hablaba entonces, Chardel extrajo del bolsillo de su saco *tweed* un par de tarjetas blancas. Deteniendo por un instante el movimiento de su pluma, comenzó a apuntar algunas palabras para recordar todos los detalles del comentario. De pronto la sala quedó en silencio. El estudiante con el micrófono había terminado de hablar y ahora se encontraba en la penosa situación de cualquiera que no sabe si debe permanecer de pie mientras el ponente responde o si tiene permitido tomar asiento. El académico agradeció el comentario y respondió con toda tranquilidad.

Al terminar, otra persona hizo uso de la palabra, pero Chardel estaba interesado en algo más. Giró su mirada hacia la mujer del vestido oscuro y la encontró meditabunda. A él le inquietaba el motivo de su silencio. ¿Qué le hacía estar tan concentrada? ¿En qué pensaba en esos momentos?

Súbitamente lo entendió. Sin duda alguna, la dama estaba formulando un comentario o quizás una pregunta; lo que fuera, se esforzaba por hilar oraciones coherentes, por dar a entender su cuestionamiento, por no sucumbir ante el miedo de hablar directamente con el insigne doctor

Ronald Chardel. Él, al menos, tenía la certeza de algo: aquello que la mujer formulara —no podía imaginarse qué— sería lo más interesante de todo el evento; estaba seguro de que sus palabras dividirían los mares y abrirían los cielos para dar lugar a una imparable bocanada de ideas.

Repentinamente, la sala quedó muda de nuevo. Esta vez Chardel no había anotado nada en sus tarjetas. Miró alarmado a una joven que estaba de pie con una sonrisa en los labios mirándolo de frente. No supo cómo proceder hasta que las palabras de la misma persona lo rescataron:

—Más que una pregunta, era un comentario... y pues... darle las gracias, doctor —concluyó con timidez.

Chardel se sintió aliviado; no estaba obligado a responder nada. Se limitó a sonreír y a musitar un agradecimiento. En su mente, imaginó de nuevo el rostro de la mujer sin nombre; tal vez se había percatado del reciente desliz y ahora que él girara a verla, ella le sonreiría con complicidad. No obstante, cuando Chardel enfocó su vista de nuevo en su cara, reparó en que la pluma Parker continuaba atrayendo sus córneas femeninas. ¿En qué pensaba?

Así transcurrieron varios comentarios más. Chardel respondió preguntas puntuales, ahondó en algunos temas de su conferencia y planteó nuevos problemas que surgían día a día en el campo de la investigación de lo histórico. Antiguos colegas pidieron el micrófono para extenderle una felicitación y para hacerle preguntas concretas acerca de la metodología, la heurística y el modelo de interpretación que el humanista utilizaba en sus estudios más recientes. Sólo después de aquel interrogatorio, sucedió lo que Chardel esperaba desesperadamente: un brazo, cuyo hombro estaba coronado por la tela de una flor roja, se levantó en medio del público.

Chardel giró su mirada de inmediato. Ahí estaba. Aquella mujer, que había permanecido tan absorta en sus propios pensamientos antes, ahora estaba lista para disparar su cuestionamiento. El historiador esperó lo mejor; estaba seguro de que el día entero merecería la pena tan sólo por esas palabras. Sin perder un instante, aprestó su pluma Parker y una tarjeta vacía lista para ser llenada.

Al recibir el micrófono, la dama aclaró su garganta con disimulo y comenzó a hablar con una propiedad notable:

—Doctor Ronald Chardel, buenas tardes. Ni nombre es Ana Sanders.

La mujer hizo una pausa, como si aguardara algo. “Un nombre melodioso”, pensó el académico, quien no se había decepcionado en absoluto por eso, como tampoco por la voz de la dama. Sin interés por disimular lo más mínimo y sin saber que cumplía los deseos de la señorita Sanders, Chardel escribió el nombre recién escuchado en la parte superior de la tarjeta. Deseaba recordarlo al menos durante el resto del día.

—Antes que cualquier otra cosa —continuó la mujer—, le expreso mi agradecimiento por estar aquí, tan lejos de su país natal, ofreciéndonos esta extraordinaria conferencia, que como cualquiera de sus ponencias resulta sumamente reveladora. Debo decirle que no residí en este país, pero me puse en marcha tan pronto como escuché que estaría en esta universidad, pensando sobre todo en la posibilidad de plantear en este evento algo que considero interesante. —Chardel estaba impaciente por saber qué era.— En el medio académico no cabe duda de que usted es la autoridad más reconocida en lo que respecta a la Historia del libro, de la lectura y de la propia literatura; sus aportaciones en este campo no podrían ser más sobresalientes y el trabajo que ha realizado para divulgar estos conocimientos es notable. Sin embargo, y digo esto con todo respeto, doctor, como ocurre con la gran mayoría de los historiadores, sus estudios suelen permanecer en épocas pasadas. Usted sabe mejor que nadie que si pretendemos que la Historia sea una ciencia, debemos buscar derivar la historiografía científica y la teoría de la Historia en el desarrollo de una tecnología de la Historia. Con esto quiero decir, aunque obviamente ya lo sabe, que debemos invertir nuestros esfuerzos en una aplicación adecuada del conocimiento de lo histórico para el diseño del futuro humano en sus diversas manifestaciones. Sus estudios sobre los libros nos han permitido entender el pasado, pero me parece que es tiempo de dar el siguiente paso, de hablar acerca no sólo del presente, sino también del futuro. La producción de libros y las condiciones de lectura actuales son sumamente distintas a las del Renacimiento, a las del siglo XIX e incluso a las de la generación anterior a la suya... Todo ha cambiado. La tecnología de ahora nos sitúa en una época única con el potencial necesario para lograr cualquier meta. Hay algo en particular del desarrollo tecnológico actual que me hace formular este extenso comentario.

En ese instante, el auditorio quedó sumido en un silencio sepulcral. Las palabras de la señorita Sanders y la forma en que se dirigía al ilustre

humanista habían despertado el interés de cada uno de los integrantes de la audiencia. Todos aguardaban intranquilos sus próximas oraciones.

Seguramente sabrá que unos días atrás —continuó—, la Organización de los Países Unidos decretó como universal el derecho a Internet; a partir de ahora no solamente toda persona del mundo tiene derecho a usarlo, sino que es obligación de cada país proporcionárselo a todos sus ciudadanos de manera gratuita. Sé que usted ya ha hablado del futuro de los libros en algunas ocasiones, pero ahora el panorama cambia radicalmente. Mi pregunta, si me permite aterrizarla, es la siguiente: este derecho universal a Internet implica la posibilidad de tener cualquier información, cualquier texto, cualquier libro en cualquier lugar y en cualquier momento; ¿cómo es que esto afecta la historia del libro, de la lectura y de la literatura como ha sido explicada hasta ahora?

El doctor Ronald Chardel sonrió. El comentario había sobrepasado sus expectativas; no solamente arrojaba un cuestionamiento de gran trascendencia, sino que además había sido formulado a la perfección. El historiador pensó su respuesta y eligió sus palabras cuidadosamente; sabía que los encabezados del día siguiente lo citarían.

—Señorita Ana Sanders, soy yo quien debe agradecerle estar aquí, sobre todo después de haber venido de otro país y especialmente por haber formulado tan interesante pregunta. Como veo que está familiarizada con mi obra, supongo que alguna vez habrá leído mis ideas y mis aspiraciones, que siempre han sido muy cautelosas, acerca de la Biblioteca Digital Universal: un sitio electrónico en el que sea posible encontrar todo el material creado por el hombre a lo largo de la Historia. La tecnología actual hace posible algo que antaño era un sueño: la disponibilidad universal del patrimonio textual. A pesar de contar con la tecnología necesaria desde hace décadas, se han presentado diversos obstáculos tanto técnicos como financieros, pero ahora, justo como lo menciona, el derecho universal a Internet decretado por la Organización de los Países Unidos reduce estas barreras. El ser humano se encuentra hoy ante la posibilidad de que el lugar del texto y el lugar del lector no sólo converjan, ¡sino de que sean uno mismo! ¿Se imagina eso, señorita Sanders?

El doctor Chardel hizo una pausa para tomar un poco de agua. Mientras bebía del vaso de cristal, contemplaba el rostro de la mujer del vestido

negro. Ahora sí que lo miraba a los ojos; se había olvidado de la pluma Parker para prestarles toda su atención a sus labios. Chardel leyó el ansia en su cara con la misma facilidad que leía un libro como fuente para sus complejos estudios.

—Sería algo maravilloso. Siguiendo en el plano de las críticas hacia el gremio de los historiadores con las que empezó usted, es bien conocida también la reticencia que suelen tener nuestros colegas en cuanto a estudiar temas recientes. Ridículamente, todavía hoy algunos hablan de que es obligatorio dejar pasar al menos cincuenta años para estudiar un fenómeno histórico. Si partiéramos de aquella concepción arcaica, permítame adelantarle lo que los historiadores dirán sobre este hecho histórico dentro de medio siglo. Sin duda alguna, los estudiosos del campo de la Historia del libro clasificarán el decreto de la Organización de los Países Unidos como un parteaguas, como una de las condiciones de posibilidad para la creación de la Biblioteca Digital Universal. “¿Y qué significará la Biblioteca Digital Universal?”, se estará preguntando, ya lo leo en sus labios. La Biblioteca Digital Universal, déjeme decirle, será *todo*: será aquello que cambie radicalmente la manera en que concebimos no sólo los libros, sino también nuestro entorno, nuestra vida y nuestra propia experiencia; cambiará la manera en la que nos relacionaremos con el mundo y la forma en que lo entenderemos. La Biblioteca Digital Universal romperá límites; permitirá que cualquier persona tenga acceso a todo. Terminará con la barrera de que los libros son para los cultos, de que los libros son para los inteligentes, de que los libros no son para todos. La Biblioteca Digital Universal impondrá como máxima el principio de que los libros *son* para todos. Pero me estoy quedando corto: no sólo los libros, también las revistas y los periódicos... así como soportes tan particulares como los trípticos y los fanzines... Y también todos los documentos. ¿Usted como historiadora, estoy seguro de que lo es, se imagina ser capaz de consultar cualquier documento desde la sala de su hogar? La gente podrá leer lo que se le antoje, no sólo aquello a lo que tiene alcance actualmente. Ahora ningún niño será privado de las fábulas de La Fontaine; a ningún curioso le será imposible leer las *Metamorfosis* de Ovidio; todo joven intrépido podrá acercarse a *Las aventuras de Tom Sawyer*; ningún amante del terror se quedará con ganas de leer a Poe; cualquiera que quiera aprender a razonar

como un detective podrá leer los sesenta casos de Sherlock Holmes; ni un solo orador que quiera ser grande se perderá de los discursos de Cicerón; ningún estudiante tendrá que contentarse con restringidas y pequeñas bases de datos; nadie tendrá que limitarse a préstamos bibliotecarios de una semana; todo académico podrá consultar los textos que necesita sin miedo a que se hayan dejado de editar años atrás. Con la Biblioteca Digital Universal, todos, absolutamente todos, tendremos acceso a todo.

Chardel realizó una pausa dramática. Miró fijamente a la dama que lo había interrogado; la observó con una mirada provocadora. Finalmente concluyó:

—Lo que antes era un sueño, ahora se vuelve realidad.

